

SINOPSIS:

PRISIÓN DE PLÁSTICO en Andalucía

Reportaje fotográfico de **Christophe CHAMMARTIN**

España, 2006 - 2007 - 2008

En menos de treinta años, la región desértica de Almería, pobre y descentrada al sur-oeste de nuestro continente, se ha convertido en uno de los pilares de la economía española. Las 32.000 hectáreas de cultivos bajo plástico, el bombeo de las napas freáticas, los numerosos días con sol y el uso desmedido de fertilizantes y plaguicidas, permiten a los agricultores andaluces de producir hoy en día más de 3 millones de toneladas de frutas y verduras por año. Sincronizados al desarrollo de la red de autopistas españolas, y asociados a las empresas europeas de transporte y de distribución, este sistema abastece a una gran parte de Europa, entre los meses de Septiembre y Mayo.

Almería es también una puerta de entrada de Europa y permite a los narcotraficantes de agregar a su lucrativo comercio, el tráfico ilegal de personas (entre 1.000 y 6.000 euros, por pasada). Más de 100.000 inmigrantes de África del norte y subsahariana, pero también de Europa oriental y de América Latina, vienen a esta provincia con el mito del sueño dorado Occidental. Cerca de la mitad de ellos sin permisos de trabajo o de residencia. Y en proporción similar, viven sin empleo o sólo por unos cuantos meses al año. Los remunerados son en su mayoría los "jornaleros" (empleados al día) en el sector de la agricultura.

Condiciones indignas de un estado europeo

Los agricultores prefieren emplear a los inmigrantes indocumentados, ya que a menudo no conocen sus derechos o no son capaces de hacerlos valer. De esta manera, se hace fácil para los empleadores bajo la presión del mercado, de no respetar las tarifas del convenio colectivo (alrededor de 6 euros/hora), sin embargo, uno de los más bajos de España. A menudo las horas extras no son reconocidas y hay veces simplemente el trabajo no es pagado. El modelo de la agricultura intensiva que se ha desarrollado en el sur de España requiere una mano de obra barata, sumisa hasta más no poder y numerosa, para poder responder con rapidez a los picos de producción que implican tres cosechas por año.

Como en los westerns, el clima de la región es muy caliente (40-50 grados) y la temperatura en los invernaderos puede ser aún más elevada. Las frecuentes pulverizaciones de pesticidas, fertilizantes y hormonas para colorear las verduras, son efectuadas en los invernaderos regularmente sin ningún tipo de protección y en presencia de los empleados. Las posturas de trabajo y el peso cotidiano de las cargas a manipular, son también una fuente crónica de graves problemas de salud.

Los ciudadanos de la provincia de Almería, región conservadora, parecen aún muy marcados por un siglo de colonización Mora. Existen varios casos de discriminación, como impedir el acceso a algunos bares, el aumento prohibitivo de los alquileres, y las agresiones ocasionales, que demuestran un racismo bien arraigado en las conciencias. Estas prácticas revelan también un deseo político de mantener a los inmigrantes de color alejados de los centros urbanos. Viviendo en pequeños locales precarios e insalubres, ruinas cubiertas de plástico o ranchos hechos de residuos y restos de los invernaderos. Las condiciones son denigrantes. Sin baños, ni cloacas, sin agua potable, ni recolección de basura. Y si hay electricidad, el propietario aprovecha para alquilarlo a un precio más elevado.

Aislados, sin acceso a los medios de transporte públicos y a los medios de comunicación, estos hombres viven una doble pena, marginados de la sociedad española y alejados a cientos de kilómetros de sus familias. Estos esclavos contemporáneos son la última variable económica ajustable para comprimir los costos.

¿Y entonces, qué hacer?

No se trata de poner en marcha una política de Boicot, pero de asumir nuestra responsabilidad, informándonos sobre la producción de lo que tenemos en nuestros platos y recordar que hay cultivos de estación a respetar, para evitar aberraciones sociales y ecológicas. Si los grandes distribuidores suizos se preocupasen un poco más por los trabajadores de la región, pero como no existe un contacto directo con los productores, las garantías de los intermediarios son difíciles de probar. La opinión pública es la última esperanza y Europa tiene una gran responsabilidad respecto a esta región que se ha convertido hoy en su principal despena.